

# Nunca intentes hacer esto en casa

Antonio González



## Índice

1	La máquina y el gotón .....	7
2	Cara de Gato.....	15
3	Animal de tres pies.....	25
4	Conejito .....	33
5	El amigo imaginario .....	41
6	Ikigai .....	47
7	Conversión zombi.....	55
8	Como un aguacate podrido .....	65
9	Una tonta frase de película barata.....	73
10	¿Podemos ser amigos? .....	81
11	La carpeta de apuntes.....	87
12	Podemos ser amigos .....	95
13	El Artista del Aire .....	103
14	NUNCA intentes hacer esto en casa .....	111

## La máquina y el gotón

Las personas que hablan solas son las mejores. Y si tienes suerte —y estás en el lugar adecuado— es posible que consigas hacerte de una buena historia. Ahora mismo me parece que estoy hablando sola, pero algo me dice que si estás leyendo esto, entonces he conseguido hacerme de una. ¿Buena? Eso lo decidirás tú, en su momento.

Debes saber que en casa de mis padres hay un cuarto de cachivaches. Está en la parte trasera, cubierto completamente de plantas invasoras que atraviesan paredes o que fijaron sus raíces en la vieja y pesada puerta. Incluso el sendero para llegar hasta él permanece oculto por enormes hojas llamadas «orejas de elefante». Allí fueron a dar las viejas bicicletas, o, más bien, lo que queda de ellas; las

muñecas sin ojos, brazos o pelo; los carritos de cuerda; los juegos de mesa incompletos y una lista interminable de objetos olvidados. También están, dentro de enormes cajas de cartón, los proyectos fallidos de mi padre, quien durante un tiempo quiso dedicarse al oficio de inventor.

Respecto a esto, recuerdo especialmente la caja cuya etiqueta advertía:

## **CUIDADO**

## **FRÁGIL**

### **La máquina de hacer pájaros**

Ese fue, me parece, el último de sus grandes inventos que vio la luz. Eso ocurrió en la víspera de mi cumpleaños. Esa tarde, mi padre había preparado una sorpresa que anunció a viva voz y dando golpes con un pesado cucharón de madera a la cacerola que llevaba puesta sobre la cabeza a manera de sombrero. Lo primero que vi al llegar al patio fue una serie de mesas de distintas formas y tamaños

que permanecían ocultas bajo un manto azul marino. Entre la tela y las mesas se escondía lo que mi padre llamó «su mejor invento hasta la fecha».

—¿Qué es todo esto? —dije, alzando un poco la montaña misteriosa.

—Todo en su momento —respondió mi padre, obligándome a dejar la curiosidad por un lado mientras me apuntaba con el cucharón.

Luego, aclarando la voz, proclamó con la debida entonación de intriga y suspenso:

—Querida familia, tienen ante ustedes uno de los mejores inventos jamás imaginados por el hombre. Se presenta acá un prodigio de la ciencia cuya utilidad será discutida más adelante. Señoras y señores, niños, niñas y similares, con ustedes: ¡*La máquina de hacer pájaros!* —Dijo esto último alzando la tela, la cual dejó al descubierto engranajes, embudos y tuberías que, una vez puestos en marcha, generaron un ruido estruendoso, alejado por mucho del alegre trinar de los pájaros.

Allí estaba él, girando perillas, ajustando mecanismos ante la mirada expectante de los presentes. Para nuestra sorpresa, ¡la máquina funcionaba! Pronto se asomó la diminuta cabeza de un gorrión por la puertecilla del reloj cucú que dominaba el centro de la maquinaria. Los gestos de admiración se manifestaron durante este breve período, pero se transformaron en gritos de histeria cuando el pájaro —que se acercaba tímidamente— se mostró por completo al mundo que se abría a su paso.

¿¡Pero qué es esto!?! —dijo la abuela, antes de desmayarse.

Después de ella, como en efecto dominó, siguió la tía Alberta y otros más. Una bandada de niños, adultos y ancianos corrió a buscar refugio dentro de la casa, y, tras el cristal que dejaba ver el jardín, el grupo se apiñó esperando lo peor. Quizá mi padre valoró mucho que yo fuese la única persona que se quedara en el mismo sitio, pero también es posible que él creyera que yo no estaba al tanto de lo

que ocurría. Pero lo estaba, y cuando tomé entre mis brazos a la desdichada ave —o lo que aquello fuera—, sin pensarlo demasiado, dije:

—Esto es un gotón.

Pero después de decirlo, no supe si lanzarlo al aire para que alzara el vuelo o dejarlo en tierra para que corriese a buscar el preciado refugio que brinda una maceta o una escalera. Pero nada ofrecería escondite y protección a un ser nacido del infortunio de *La máquina de hacer pájaros*.

Opté por lo segundo: lo dejé correr en libertad, porque consideré que podría usar sus patas de roedor. Pero el gotón no se movió ni un centímetro, y esto provocó que los gritos de los que se agolpaban tras el ventanal se volvieran más fuertes y que se escuchasen muy lejos de allí. En cuestión de parpadeos nos vimos rodeados por bomberos, policías y reporteros del noticiero nocturno. Claro, cualquiera podría pensar que esa publicidad gratuita sería invaluable, que a mi padre lo



Atención al  
carro rojo.  
Puede ser  
el primer signo  
de un accidente  
de tráfico.

abordaría la prensa, la radio y la televisión, todos interesados en conocer los detalles del *Animalario portátil* (porque alguien de los medios diría que el otro nombre era demasiado largo y que esto no era bueno para efectos de *marketing*).

Todo se resumió en una lamentable y triste nota periodística y en negativos movimientos de cabeza de parte de los bomberos.

Con mucha suerte, luego de extensas explicaciones, la policía desistió de la idea de llevarse a prisión a mi padre bajo los cargos de alteración del orden público, posesión—incluso tráfico— de especies exóticas y carencia de permiso para inventar.

Un oficial capturó al gotón y lo encerró en una jaula más pequeña de lo que hubiera sido recomendable. Aún recuerdo con escalofríos el dedo del agente cuando me señaló y me dijo:

—*Nunca* intentes hacer esto en casa.

El recuerdo queda adornado con la lluvia de saliva que el oficial expulsó mientras me hablaba.